

2019-10-01

Vocación del investigador: llamado a la solución de los problemas del entorno

Luis Carlos Villamil Jiménez

Universidad de La Salle, Bogotá, lcwillamilj@gmail.com

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Villamil Jiménez, L. C. (2019). Vocación del investigador: llamado a la solución de los problemas del entorno. *Revista de la Universidad de La Salle*, (82), 199-214.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Vocación del investigador: llamado a la solución de los problemas del entorno



Luis Carlos Villamil Jiménez*

Además del campo inmenso de las almas cuyas vidas serían jalonadas por sus directivas apostólicas, el Hno. Apolinar María venía a renovar (exactamente un siglo después) el movimiento científico e investigativo iniciado por Mutis y su Expedición Botánica. El Hno. Apolinar María clasificaba insectos y rezaba. Rezaba esperando la resurrección de los muertos y de las mariposas.

Hno. Daniel González, FSC (1980).

■ Resumen

La labor del investigador desde la perspectiva lasallista constituye el punto central del presente artículo. Se expone la cronología del trabajo de La Salle en Colombia desde fines del siglo XIX, con énfasis en hechos y personajes que marcaron un hito en la investigación biológica, como el hermano Apolinar María; también la labor en la educación, con énfasis

* Ph. D. de la Universidad de Reading (Reino Unido), doctor en Medicina Veterinaria de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá, D. C.) y magíster en Medicina Preventiva de esta última institución. Fue profesor titular de la Universidad de La Salle (Bogotá, D. C.) y profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor visitante de la Universidad de Buenos Aires (Argentina) y la Universidad Nacional de Asunción (Paraguay). Investigador emérito de Colciencias, miembro de número de la Academia Colombiana de Ciencias Veterinarias y miembro de la Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina. Correo electrónico: lcwillamil@gmail.com

en la Universidad de La Salle y sus objetivos misionales, para los que el quehacer del profesor se convierte en una opción de vida que posibilita ver lo extraordinario de lo cotidiano, pensar con innovación, aprender por descubrimiento y lograr, mediante su actuar, constituir un ejemplo de vida para estudiantes y egresados. Los profesores aprenden a investigar para enseñar, así, la investigación no es un fin, sino un medio para la docencia de impacto, la formación de maestros y doctores, y la transformación socioproductiva del país.

Palabras clave: Hermano Apolinar María, docencia, investigación, lasallismo, Colombia.

Introducción

Los Hermanos de La Salle llegaron a Colombia hacia fines del siglo XIX con una importante misión relacionada con la educación y con unos objetivos dirigidos a la formación de maestros e ingenieros, al rescate de la investigación en ciencias naturales y al desarrollo del sector agropecuario. Sobre la base de esto, conciliaron el conocimiento científico con el ejercicio de la fe cristiana y enfocaron la ciencia y la técnica al servicio del país, así como a la formación de jóvenes en colegios, escuelas e instituciones de educación superior.

En este contexto, el francés Nicolás Seiler, (figura 1), conocido entre los Hermanos de las Escuelas Cristianas como el hermano Apolinar María, FSC, lideró un importante proyecto que rescató e impulsó los logros de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada (1783-1812); fundó la Sociedad de Ciencias Naturales, convocó a jóvenes y profesionales de diversas disciplinas, educó, descubrió vocaciones: era un científico educado para educar. La aventura de la educación y de la investigación era la impronta fundacional.

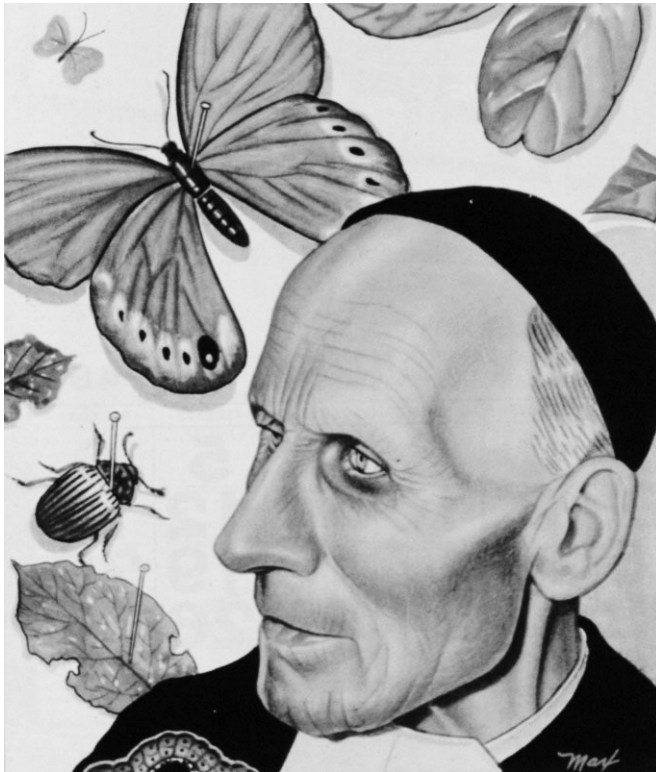


Figura 1. Hermano Apolinario María (Nicolas Seiller), impulsor de las ciencias naturales, fundador del Museo de La Salle.

Fuente: Velez, Salazar, Uribe, & Angel, (1991). Mariposas de Colombia.

En la década de los sesenta del siglo pasado, el lasallismo retomó con entusiasmo el proyecto universitario. Después de algunos años de maduración y consolidación, la Institución, a través de sus maestros educados para educar, comenzó la aventura de aprender a investigar para enseñar y, así, aportar a la solución de los problemas del entorno. El humanismo y la ciencia señalaron el camino para contribuir a la transformación social y productiva del país.

Pensar y actuar desde la perspectiva lasallista en la labor del docente investigador requiere estudio, preparación, competencias, función social y, sobre todo, vocación, fe, pasión, constancia, ante el reto de pertenecer a una Institución que tiene como misión fundacional el formar para la búsqueda de soluciones a la complejidad del presente.

La educación lasallista en Colombia

En 1872, los Hermanos de La Salle llegaron al Estado Soberano del Cauca; su estancia fue corta por diversos aspectos, incluido el triunfo del Estado Liberal. Hacia 1890, Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá, solicitó la presencia de la Congregación en Colombia (Benavides, 2015).

Desde los inicios de la actividad lasallista en el país, estuvo presente la impronta de la vocación por la educación y de la investigación para solucionar los problemas del entorno. Luego de un diagnóstico sobre la situación de Colombia, los hermanos generaron cuatro objetivos misionales: la formación de maestros, los estudios de fauna y flora, la práctica de la ingeniería y el desarrollo del sector agropecuario (Obregón, 1992).

En 1903, la Ley 39 (Congreso de la República de Colombia, 1903) propuso una educación orientada a los saberes técnicos y religiosos, a través de la división de los niveles de primaria, secundaria, industrial y profesional. Eran los años de la posguerra, entonces, se reabrieron la Universidad Nacional de Colombia y otras instituciones clausuradas tras el estallido de la Guerra de los Mil Días (1899-1902). Con base en este contexto y en sus principios misionales, en los años siguientes los Hermanos de La Salle fundaron varias instituciones educativas:

- 1904: Instituto Técnico Central.
- 1910: Instituto de La Salle, el cual luego dio paso a la Universidad de La Salle (1964); Escuela de San Víctor, anexa al Instituto de La Salle.
- 1916: Liceo de La Salle (barrio Chapinero), conocido en sus inicios como Liceo San Luis.

De esta manera, el carisma de los Hermanos de La Salle mostró la conciliación entre el conocimiento científico y el ejercicio de la fe cristiana. Así, la congregación esperaba ofrecer la enseñanza de la ciencia y la técnica de saberes útiles para la reconstrucción de un país fisurado tras varios años de enfrentamientos.

Los Hermanos introdujeron las cátedras de ciencias, que no existían en la educación secundaria; además, emplearon metodologías y didácticas sobre la base de la observación de la naturaleza y del estudio de las matemáticas. Por otra parte, en ese momento las vocaciones científicas emergieron en el campo de las ciencias de la vida, los colegios adquirieron prestigio y otras instituciones adoptaron la enseñanza de las ciencias; también se fortaleció y se renovó su enseñanza en las instituciones universitarias (Obregón, 1992).

En el ámbito de la instrucción docente, durante el gobierno de Rafael Reyes (1904-1909) los Hermanos Lasallistas se encargaron de la dirección de la Escuela Normal Central de Instructores, organización pedagógica por excelencia, que se constituyó en el inicio de los procesos de formación de maestros en Colombia y de la publicación de textos como apoyo didáctico, lo que contribuyó a la reivindicación y profesionalización del oficio docente. Igualmente, la revista pedagógica de esta escuela y los textos de las editoriales Bruño y Stella ayudaron a “modelar el espíritu nacional y a darle a la educación un estatus profesional y hacerla objeto de estudio” (Gómez, 2008, p. 13).

Como señala Morales (1993), en la primera década del siglo XX, los hermanos incursionaron en la educación superior: organizaron un instituto que era una verdadera Facultad de Ingeniería en los edificios del Instituto Técnico Central. Allí se formaron excelentes ingenieros que aportaron al desarrollo de las obras de infraestructura del país hasta 1931, cuando, por un cambio de Gobierno, la formación de ingenieros pasó a la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de Colombia. Los ingenieros formados en el Instituto protagonizaron la consolidación y el crecimiento de la red ferroviaria del país, así como los primeros procesos de electrificación e industria. Desde los inicios del lasallismo en Colombia, la vocación para solucionar los problemas del entorno fue una realidad.

Hermano Apolinar María, con vocación lasallista para la investigación en ciencias naturales

La situación originada por las presiones políticas sobre las comunidades religiosas francesas se agudizó a finales de 1903 con una ley aprobada por las cámaras de Francia que buscaba la separación de la Iglesia y del Estado, y les prohibía a los religiosos usar sus sotanas y vivir en comunidad. El exilio voluntario era uno de los caminos (López, 1989).

Así, el hermano Apolinar María llegó a Puerto Colombia procedente de Francia en el barco León XIII; tenía 37 años (nació el 5 de noviembre de 1867). Él inició la larga, pero apasionante, jornada de ascenso hacia Bogotá a través del río grande de La Magdalena. El itinerario de la época era: Honda, Guaduas y Bogotá (González, 1980), la misma ruta que recorrieron otros hombres con vocación para la ciencia, como José Celestino Bruno Mutis en 1761, Enrique Alejandro Barón de Humboldt en 1801 y Claude Véricel Aimar, veterinario francés, quien empezó la enseñanza e investigación veterinaria en Colombia, en 1884.

Apolinar María, hombre de ciencia y de fe, sabía mirar y ver lo extraordinario de lo cotidiano. Desde el primer instante, se maravilló con la diversidad del territorio, sus gentes, el paisaje, los insectos, los minerales y las plantas que comenzó a recolectar durante el viaje. “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Omnipotente” (Apocalipsis 15, 3), se repitió durante la travesía.

El ascenso hacia la ciudad de Bogotá se constituyó en una experiencia nueva, apasionante, maravillosa. El hermano palpó el trópico, percibió la transformación de la diversidad y su relación con la altura sobre el nivel del mar. La visión de la Sabana de Bogotá debió parecerle reconfortante, alcanzaba su destino. Tenía insectos, vegetales y minerales recogidos en el viaje; desde ese momento, soñó con el Museo de La Salle. Años después, le preguntaron por su fecha de creación y contestó: “cuando llegué, ya estaba fundado el Museo de La Salle con los minerales, plantas y bichos capturados en la travesía” (González, 1980, p. 34).

El hermano Apolinar se encargó de la dirección del Instituto de La Salle (figura 2) y de la Cátedra de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia. En incansables excursiones por el territorio nacional, acompañado de sus estudiantes, cumplió con diversas tareas, entre estas, la recolección de plantas, semillas, animales, vestigios de fauna, fragmentos de roca y fósiles. Los estudiantes aprendían haciendo y se formaban como personas de principios y de fe por el ejemplo, las actitudes y la manera de ser del hermano.



Figura 2. Instituto de La Salle en el Barrio de la Candelaria, Bogotá.

Fuente: Repositorio de la Universidad de La Salle

En 1910, el Museo de Historia Natural del Instituto de La Salle era una realidad (figura 3). Por su registro de unos 50.000 ejemplares, en 1929 se consideraba el mejor del país y uno de los más importantes de América del Sur (Amat-García y Ceballos, 2015). Entre las colecciones sobresalía la de insectos, tal vez la primera en la historia de la entomología colombiana (Obregón, 1992). Para el hermano Apolinar, la meta era encontrar conocimiento en la historia natural de la biota del país, que se empezaba a conocer de una manera organizada,

gracias a las intensas jornadas de formación escolar en ciencias naturales que se impartían en las aulas del instituto con su liderazgo.



Figura 3. Interior del Museo de La Salle.

Fuente: repositorio de la Universidad de La Salle

Como lo afirma Benavides (2015), al concluir sus estudios de bachillerato, los egresados quedaban huérfanos de su maestro y, para proseguir con su formación, necesitaban de un ambiente extracurricular. Esto propició que, en 1912, el hermano Apolinar María convocara a toda la comunidad científica bajo la bandera de la Sociedad de Ciencias Naturales del Instituto de La Salle. El primero de febrero de 1913, con el lema *Magna et mirabilia sunt opera tua, Domine Deus Omnipotens* (Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Omnipotente), se publicó el primer número del *Boletín de Ciencias Naturales del Instituto de La Salle*.

Las prácticas científicas locales abanderadas por los Hermanos Cristianos se definieron como la continuación de aquel sueño de los Hermanos Lasallistas de ordenar la naturaleza, por el que trabajaron diversos ilustrados criollos. Esta apropiación significó la inserción de la naturaleza colombiana en los marcos de referencia de la ciencia europea.

El *Boletín de Ciencias Naturales del Instituto de La Salle*, como órgano de divulgación de la Sociedad de Ciencias Naturales del Instituto de La Salle (denominada algunos años después como Sociedad Colombiana de Ciencias Naturales), será el documento que permitirá rastrear la práctica científica lasallista, pues hasta 1930, cuando la sociedad se disolvió, se situó como el espacio privilegiado para consolidar la autoridad científica de la sociedad. (pp. 193-194)

Desde sus inicios, la sociedad creada por La Salle tuvo un carácter de distinción y exclusividad que posibilitó la legitimación de su autoridad científica en el país en la primera mitad del siglo XX. El hermano Apolinar María se consolidó como maestro y líder científico de la sociedad; ofreció sus conocimientos y experticia, que transfería a los socios con la recolección y clasificación de muestras. El tercer viernes de cada mes, dictaba una conferencia científica sobre la catalogación y observación de los ejemplares. La adjudicación de medallas de oro a las mejores investigaciones presentadas en la sociedad cada tres años tenía estas categorías: Francisco José de Caldas, Jorge Triana y Hno. Apolinar. Así, se inició una tradición; el proyecto lasallista se identificaba como heredero del legado científico de los sabios naturalistas. El impacto sobre la agricultura, la industria y la medicina era inminente; el Museo de La Salle cobraba relevancia (Benavides, 2015).

De esta manera, se dio una segunda Expedición Botánica. Otros hermanos se vincularon al proyecto en diversos campos del conocimiento y desde diversas regionales: Ariste José (Maurice Rollot) trabajó en grandes mamíferos (mastodontes) de la era Cuaternaria que habitaron en las inmediaciones de Mosquera. Nicéforo María (Antoine Rouhaire Siauzade) inició en Medellín un museo de ciencias naturales y, en 1923, se trasladó a Bogotá para ocuparse del estudio de vertebrados; en su reemplazo quedó el hermano Claudio Félix; el hermano Daniel González se unió al proyecto años después. En la Costa Atlántica, el hermano Guines trabajó en aves, peces y mamíferos, y el hermano Elías en el Herbario de la Costa. Fue una verdadera expedición (González, 1980).

La actividad científica tenía una cobertura nacional. Los hermanos constituían y aglutinaban un grupo grande con potencial para la docencia y la investigación

de diversas disciplinas. Las vocaciones para la investigación, la ciencia y la vida religiosa eran abundantes; el trabajo se centró en los colegios, dado que el proyecto de una universidad lasallista no estaba dentro de los planes a corto plazo, sino a mediano.

La universidad por y para la investigación. Humanismo y ciencia

La madurez y la propia voz de una universidad se alcanza cuando logra integrar en su cultura institucional la investigación, el hacer ciencia y el crear escuelas de pensamiento. Ese es nuestro aquí y ahora. Estar convencidos de que lo lograremos no es otra cosa que como dice el papa Francisco: 'abrazar el futuro con esperanza'. (Coronado, 2015, p. 105)

La aventura de la educación y la investigación es una impronta fundacional de los Hermanos de las Escuelas Cristianas; la educación superior era una meta. La actividad universitaria en La Salle se inició en los años sesenta. Por ese entonces, la formación profesional constituía el eje central de la educación universitaria; pero la investigación era escasa, al igual que los profesores con doctorado. La dinámica sociocultural, las protestas y el contexto internacional caracterizaban el panorama, era "tal vez un escenario de consumidores de investigación: profesores y estudiantes dedicados a digerir literatura internacional propia de la disciplina" (Coronado, 2015, p. 95). En esta realidad, la esencia del lasallismo se mantenía.

[...] llegar al corazón de los jóvenes a través de experiencias estructurantes, los pobres son los que cambian nuestras vidas, lo colectivo paga, somos libres mediante el compromiso, que debemos trascender, eso se logra en la universidad lasallista que acompaña la búsqueda de sentido y proporciona sentido. (Coronado, 2007, p. 124)

El humanismo y la ciencia emergieron de nuevo en el ideario lasallista para permean la universidad; representaban los elementos para el fortalecimiento del espíritu libre, crítico y solidario, que permitía admirar la belleza e impregnarse con utopías inspiradoras para encontrar en Dios serenidad, fuerza y constancia. Al respecto de este punto histórico, en su mensaje a la comunidad universitaria

como nuevo rector de la Universidad de La Salle para el periodo 2008-2010, el hermano Carlos Gómez (2008) señaló:

reconozco el valor de la ciencia, del conocimiento y la tecnología; del trabajo de las comunidades académicas para aproximarse al entendimiento de los fenómenos naturales, sociales y humanos; de la necesidad inaplazable de generar y aplicar el conocimiento a la creación de riqueza y el aprovechamiento de las tecnologías para mejorar las condiciones de los pueblos, buscar explicaciones racionales y lógicas a los problemas, mejorar la productividad y resolver realidades tan presentes y angustiantes como el hambre, la enfermedad, la vivienda; y, de la urgencia de que la ciencia se vuelva para nosotros los colombianos un tema del cotidiano, un problema de política pública y un escenario de participación y encuentro. Humanismo y ciencia, pues, han de encontrar en la Universidad un espacio para el diálogo, para el mutuo cuestionamiento, para enriquecerse en la medida en que ambos buscan respuestas a los grandes enigmas de la humanidad, a los grandes desafíos de los tiempos y de los lugares. Sus fronteras son borrosas y continuamente se entrecruzan. (p. 11)

Así, en la época se les planteaban fuertes desafíos a los profesores; pensar desde la perspectiva lasallista en la labor del investigador implicaba preparación, competencias, función social y, sobre todo, vocación, fe, pasión, constancia, ante el reto de pertenecer a una Institución que, como tarea fundamental, se ocupaba —y ocupa— de la formación de personas valiosas que hallen soluciones a los problemas sociales. En este sentido:

la Universidad es, primordialmente, formadora de personas y generadora de conocimiento más que productora de bienes o proveedora de servicios. Desde tal virtud, el mundo de hoy nos exige no solamente formar buenos profesionales, si por ello hemos de entender que sean competentes y éticamente responsables. Implica, además, que sean sensibles a los problemas sociales, respetuosos de la dignidad humana, defensores de la justicia y la equidad, comprometidos con el medio ambiente, creativos en la búsqueda de soluciones a la complejidad del presente, y partícipes de los procesos políticos y democráticos de sus países y comunidades. Esto nos vincula a la dinámica social, es decir, nos hace 'pertinentes'. (Gómez, 2010, p. 51)

Por otra parte, el sector agropecuario, elemento dinamizador para la transformación social y productiva de un país fisurado por los conflictos sociales, está presente desde los inicios de La Salle en Colombia en el siglo XIX, como uno de los objetivos misionales.

En el siglo actual, el sector todavía representa un espacio estratégico de política desde lo social y lo económico, pero con cuentas pendientes para el desarrollo agrario y rural. La cooperación intersectorial e interdisciplinar es una prioridad para la nueva ruralidad y el progreso rural tropical (Romero y Villamil, 2011).

En el 2012, durante la presentación del Doctorado en Agrociencias, el hermano Carlos Gómez, en su calidad de rector, expresó los desafíos para la investigación lasallista: las cada vez más frecuentes emergencias sanitarias y la demanda dramática de alimentos. También indicó las ventajas comparativas, como los excedentes de tierras utilizables para la producción de alimentos y la ubicación geográfica estratégica.

Asimismo, expuso los grandes retos para hacer crecer los niveles de productividad en unas condiciones de infraestructura rural deficientes desde la óptica de la seguridad: la claridad en el uso eficiente de la tierra, la generación de conocimiento útil, el progreso de la agroindustria y el posicionamiento en los mercados nacionales e internacionales, en ambientes socialmente dignos para los ciudadanos rurales, que tienen fe en el agro a modo de un elemento indispensable para la transformación social. El hermano concluyó sus palabras con un mensaje al país: "es posible apostarle al desarrollo del sector agropecuario con investigación y desarrollo para el agro, como aportes de la academia a la paz de Colombia y a la construcción de una nueva ruralidad" (Gómez, 2012, p. 57).

Aprender a investigar para enseñar a solucionar los problemas del entorno

El llamado para hacer del quehacer docente una opción de vida con la perspectiva lasallista no es un asunto simple: exige personas de principios, ciencia y fe, capaces de mirar y ver lo extraordinario de lo cotidiano, personas que no se conformen con recitar los textos de otros ni con repetir en cada ciclo

académico un discurso. La labor conlleva innovación, llegar al corazón de los estudiantes, transmitirles un ejemplo de vida y un conocimiento pertinente generado mediante la investigación, que es el buscar y proporcionar sentido.

Ser un maestro lasallista implica facilitar el encuentro amigable con el “aprender a aprender y el aprender por descubrimiento” (Ruiz, 1986, p. 11), con la utopía del conocimiento y con las preguntas de investigación. Entonces, el maestro es la persona que se educa para educar en un contexto de calidad de sus estudios, seriedad en la formación y dedicación a los jóvenes y a la sociedad (Ruiz, 1986).

Para la transformación social de nuestro país, los profesores y estudiantes que se apasionan por la investigación deben ser pertinentes, lo que involucra ir a contrapelo, salirse de lo usual, no conformarse con leer los apuntes de otros, no dejar para última hora la preparación de las clases, la formulación de los proyectos de investigación ni el estudio. Así, ellos deben practicar: curiosidad, observación, capacidad de asombro, compromiso con la sociedad, equidad, justicia social y ambiental; deben sentir el deseo de descubrir lo extraordinario de lo cotidiano y atreverse a preguntar, cuestionar, anotar.

La Universidad fomenta en sus procesos académicos la investigación formativa de los profesores y estudiantes para favorecer su espíritu de indagación, de crítica, de generación de pensamiento autónomo como también el acceso a los avances de la ciencia y al conocimiento de la realidad. La investigación formativa se constituye en camino a la investigación científica en sentido estricto. (Universidad de La Salle, 2007, p. 14)

Con un profesor que haya aprendido a investigar para enseñar y que se haya educado para educar, los estudiantes aprenden a escuchar argumentos, a no pasar entero, a hablar lo necesario, a tiempo y ante la audiencia adecuada. Comprenden en qué consiste la participación en grupos de investigación, asimismo, se preparan para colaborar en acciones interdisciplinarias y en la solución de conflictos. Interiorizan que la vocación de investigar se debe complementar con la de enseñar, que la investigación no es un fin, sino el medio para la docencia de impacto, la formación de maestros y doctores; la transformación socioproductiva del país (Villamil, 2017).

Los profesores nos debemos a una comunidad, la cual le da vida a la escuela y dinamiza la universidad para que se conviertan en instituciones que construyan sociedad, cultura y paz; que den respuestas y revelen lo invisible, lo que trasciende su propia realidad. En esa comunidad fraterna que, de acuerdo con el hermano Antonio Botana (2017), busca la salvación en el ambiente académico —el de los programas curriculares— y en el educativo —el que tiene que ver con el mundo real, los intereses de los educandos, el desarrollo del pensamiento crítico—, lo profesional y lo espiritual encuentran su elemento, en la intensidad de la marcha, la fatiga, el descanso, el momento para la interioridad.

Esto significa enfrenar un territorio nuevo, donde todo está por descubrirse; un ecosistema que amerita otra actitud, otra postura: la intimidad, la interioridad, el retiro, el aprender a escuchar, donde las etapas se reinician cada semestre. Los ciclos se activan: los profesores tuvimos un maestro y, ahora, nosotros somos los maestros; descubrimos vocaciones, señalamos caminos, presentamos desafíos, acompañamos procesos, activamos grupos, canalizamos las rebeldías de los jóvenes —ellos aprenden más de nuestras acciones que de lo que les decimos en clase—, formamos a las generaciones de relevo, contribuimos a la transformación social y productiva del país. Como señala Abad-Gómez (2007):

los maestros enseñamos a nuestros estudiantes a pensar como personas libres; los formamos como docentes e investigadores en las maestrías y doctorados, producimos conocimiento, lo comunicamos y, a través del mismo, enseñamos. Pero el solo conocimiento no es suficiente para ser maestro, el conocimiento a veces es soberbio; además del conocimiento se necesita encontrar la sabiduría, es decir, llegar a encontrar el equilibrio entre tantos llamados o vocaciones. (pp. 54-57)

Ese conocimiento, que no es pretencioso, se afianza con la madurez del espíritu y la tranquilidad del juicio que van dando las experiencias y el verdadero saber. No es el conocer mucho, sino el comprender muy bien lo que hace que una persona alcance la sabiduría; “si alguna vez enseñamos solo con el conocimiento, deberíamos pedir perdón a nuestros discípulos”; pero la sabiduría sola tampoco basta para ser un maestro: “son necesarios, el conocimiento, la sabiduría y la bondad, para enseñar y gobernar podríamos decir que todo maestro

sabio, si verdaderamente lo es, tiene también que ser bueno. Porque la sabiduría y la bondad son dos cosas íntimamente entremezcladas" (Abad-Gómez, 2007, p. 56).

Tengamos fe y esperanza. Nuestra tarea primordial es investigar para enseñar y aportar soluciones a los problemas del entorno. Construimos futuro. Contribuimos a crear una sociedad pluralista, respetuosa de los derechos humanos, defensora de la institucionalidad, honesta, pulcra, orgullosa de los elementos propios de la cultura nacional y de sus tradiciones. Hacemos parte del terreno fértil que permitirá cultivar un país justo, equitativo, incluyente, tolerante, en paz. Somos consecuentes con el Proyecto Educativo Universitario Lasallista (PEUL), nuestra carta de navegación, que señala el rumbo de la Universidad:

este Proyecto Educativo Universitario Lasallista marca los derroteros y nos inspira el compromiso de 'Educar para Pensar, Decidir y Servir' a las generaciones que encuentran en esta propuesta la posibilidad de construir una sociedad pluralista, respetuosa de los derechos humanos, orgullosa de los elementos propios de la cultura nacional y de sus tradiciones, e inserta en un mundo globalizado que espera transformaciones hacia la justicia y el desarrollo integral y sustentable. (Universidad de La Salle, 2007, p. 17)

Referencias

- Abad-Gómez, H. (2007). Cartas desde Asia. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 25 (2), 49-56.
- Amat-García, G. y Ceballos, J. (eds.). (2015). *Protagonistas de la biodiversidad en Colombia*. Jardín Botánico José Celestino Mutis.
- Benavides, P. A. (2015). La ciencia de los expertos. La Sociedad de Ciencias Naturales del Instituto de La Salle: entre política y religión (1913-1930). *A Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, 12 (2), 246-271.
- Botana, A. (2017). *Un camino de oración: guiados por Juan Bautista de La Salle* (2.^a ed.). Unisalle.

- Congreso de la República de Colombia. (26 de octubre de 1903). [Ley 39 de 1903]. <http://www.suin-juriscal.gov.co/viewDocument.asp?ruta=Leyes/1594188>
- Coronado, F. H. (2015). Idearios en torno a la investigación en la Universidad de La Salle. *Revista de la Universidad de La Salle*, (68), 91-106.
- Coronado, F. H. (2008). La Universidad de La Salle: ideario sobre su identidad lasallista. *Revista de la Universidad de La Salle*, (45), 117-125.
- Gómez, C. G. (2008). Humanismo, ciencia y lasallismo. Referentes para la misión de la Universidad de La Salle. *Revista de la Universidad de La Salle*, (45), 10-16.
- Gómez, C. G. (2010). La responsabilidad social de la universidad lasallista: elementos para la reflexión y el debate. *Revista de la Universidad de La Salle*, (51), 15-53.
- Gómez, C. G. (2012). Lanzamiento del Doctorado en Agrociencias. *Revista de la Universidad de La Salle*, (57), 51-57.
- González, D. (1980). Hno. Apolinar María, el hombre que entendió el lenguaje de las mariposas. *Revista de la Universidad de La Salle*, 2 (7), 33-41.
- López, H. (1989). *Contribución de los lasallistas a las ciencias naturales en Colombia*. Fondo FEN.
- Morales, M. C. (1993). *Historia de la Universidad de La Salle*. Unisalle.
- Obregón, D. (1992). *Sociedades científicas en Colombia*. Banco de la República.
- Romero, J. y Villamil, L. C. (2011). Las agrociencias, una escuela de pensamiento para la nueva ruralidad. *Revista de la Universidad De La Salle*, (55), 67-97.
- Ruiz, L. (1986). El lasallista se educa para educar. *Revista de la Universidad de La Salle*, 6 (12), 11-12.
- Universidad de La Salle. (2007). *Proyecto Educativo Universitario Lasallista (PEUL)*. Unisalle.
- Villamil, L. (2017). Aprender a investigar para enseñar. El proyecto de toda una vida. *Revista de la Universidad de La Salle*, (71), 13-46.